

N O J A

SUMAJOMO

Aunque, a lo largo de mi vida, han sido varias las oportunidades que he tenido y he gozado al escuchar el solemne Requiem de Mozart, la última fue totalmente diferente: el que fue, primero jefe y pasado el tiempo también amigo, musicólogo, experto como pocos, no sólo en ese compositor que incansablemente declaraba como su favorito. Acudimos juntos a diferentes audiciones consiguiendo siempre con sus eruditas e ilustradas explicaciones, introducirme y acercarme más y más, al interesante y heterogéneo mundo de la música clásica que tanto me seduce.

Lamentablemente, como se suele decir con eufemismo “se ha ido para siempre”. Dejó repentinamente este mundo, sin que sus familiares y amigos tuviéramos conocimiento de que el desenlace estaba próximo, a pesar de su manifiesto deterioro físico que él achacaba a un régimen alimenticio que estaba siguiendo. No obstante, pasados ya unos días, una vez asumido pero no superado, al meditarlo, considero que conociendo cómo era su carácter, su comportamiento fue normal, porque era persona sumamente celosa de su intimidad, a la par que discreta e introvertida, lo que demostró sobradamente a lo largo de su vida,

Como pianista, no dejaba pasar un solo día sin ejecutar algunas piezas musicales de los más renombrados compositores clásicos, sintiendo grandísima predilección y admiración hacia el virtuoso y único Arthur Rubinstein, del que comentaba: “su sonido es inconfundible, seguro, redondo, lleno de claridad y sonoridad, capaz de matices impensables”. Frecuentemente hablaba de él, escuchaba con asiduidad sus pianísticas interpretaciones y era tan grande su entusiasmo que resultaba imposible dejar de adherirse a su admiración. La primera vez que tuve ocasión de escuchar al afamado intérprete, fue cuando me regaló una grabación de la sonata de Beethoven llamada Appassionata.

Era tal su amplio conocimiento del tempo de cada una de las partituras, que sabía con exactitud cuántos segundos de más o de menos duraba la interpretación, según la dirección pertinente, cuántas orquestas habían interpretado las diferentes obras musicales y cuántos renombrados directores las habían dirigido enumerando, sin error, cada uno de ellos. No me resisto a relatar algo que siempre me resultó curioso: juntaba puntualmente las manos para realizar el aplauso momentos antes del inminente final de la audición a la que asistía.

Despertó vivamente su interés el constatar que la biografía, traducida a diversos y numerosos idiomas no existía en el de Cervantes, así que planeó llevarla a cabo, sin que supusiera para él un gran esfuerzo pues, además, era un perfecto redactor. Lo meditó con tranquilidad hasta que decidió iniciar la traducción desde la del idioma francés pensando que al ser él mismo gran conocedor de

esa lengua, sería mucho más fácil el intenso trabajo que iba a emprender, previendo las largas jornadas a las que, indudablemente, se disponía y estaba totalmente dispuesto a afrontar y que, tras varios meses de intensa laboriosidad culminaron plasmadas en dos voluminosos tomos, para materializar la intensa, fructífera y extensa vida de noventa y ocho años que vivió su admirado compositor algo que consiguió tras no pocas dificultades concernientes a permisos con sus herederos y representantes, pero sintiéndose especialmente orgulloso de la fuida correspondencia que mantuvo con una de sus hijas y de lo complacida que le resultó a ella, cuando la leyó, su cuidada y certera transcripción.

La Literatura, tanto como profesor como lector, no tenía secretos para él; culminó su vida, con un gran bagaje de libros leídos y estudiados; penetraba en ellos analizando cada ejemplar de casi todos los géneros literarios que pasaban por sus manos, estudiándolos con fruición, y, a la par que los hojeaba, mentalmente iba profundizando en las frases y palabras, sintiendo agrado o contrariedad como excelente y puntilloso docente. Cuando algún volumen, texto, crónica, etc. no había conseguido alcanzar sus expectativas, en cuanto se presentaba la ocasión, notificaba su criterio, alertando de un posible desencanto y si sucedía lo contrario, recomendaba su lectura a todo aquel que quisiera escucharle, siempre informando pero no imponiendo.

También era un sapiente conocedor del latín que, como ya es sabido, es el padre de numerosos lenguajes europeos denominados romances, hablado en todo el imperio de la Antigua Roma y todavía usado en la ciudad de El Vaticano por ser lengua litúrgica oficial, con cuyas palabras y frases más conocidas, obsequiaba a las personas cercanas a su entorno con relativa frecuencia y que, personalmente, tanto me complacían. Destacaré, a modo de ejemplo -aunque parezca un contrasentido- el denominarme en ocasiones “casus belli” cuando nuestros criterios no coincidían y cada uno pugnaba por hacer valer los suyos dejándome, finalmente, por imposible.

No dejó de lado el deporte; el fútbol le gustaba en demasía y se disponía, delante del televisor a visualizar a su equipo favorito, al mismo tiempo que escuchaba las retransmisiones, ya que eran escasas las oportunidades de verlo in situ, siendo enorme la desilusión en las ocasiones que fracasaba, El baloncesto también le interesaba mucho, llegó a entrenar con buen tino, sucesivamente, a varios equipos colegiales integrados en ligas juveniles logrando habitualmente el triunfo, llenándole de satisfacción y dejándole algo cansado puesto que aunque no era profesional se lo tomaba con gran interés moviéndose sin cesar, durante el partido correspondiente yendo de un lado para otro, sin dejar de dar indicaciones y ánimo a los jugadores, todos ellos estudiantes, por

tanto aficionados, pero como si de un equipo profesional se tratara y, por ende, creyendo firmemente que él, como entrenador de ellos, tenía la responsabilidad de estar en consonancia..

Incansable trabajador docente, además de todo lo anterior, dada su entrega hacia los alumnos se obligaba a corregir los exámenes sin dilación al finalizarlos, para entregar rápidamente las calificaciones y aun tenía tiempo para ser el secretario de un importante colegio, del que también fue durante un periodo de seis años director, retomando la secretaría una vez finalizado el periodo correspondiente . Fue mi mentor en ella, conduciéndome, paso a paso, al dominio de la misma con todo lo que conlleva de elaboración de documentaciones solicitadas por el organismo competente, ordenación y archivo de las mismas, atención y ayuda a las familias, certificaciones solicitadas para la consecución de prestaciones, plasmar las calificaciones en los libros de escolaridad a mano, ya que era una época en la que la informática no había hecho su aparición. Debo añadir que tuve que pasar largos periodos de prueba en el trabajo que me encomendaba y, aunque nunca lo manifestó, fui consciente de que lo vigilaba pero, al conseguir su total confianza, supuso un alivio para su atareada existencia, pudiendo dedicar más tiempo a sus escasos momentos de expansión.

La vida nos condujo por caminos diferentes en los que su enseñanza fue una gran ayuda para mi vida laboral y personal. Perdimos la cotidianidad pero, no por ello finalizó una limpia y, para mi fructuosa amistad.

Sirva este escrito como pequeño homenaje a una persona que fue excepcional en muchos sentidos.